

**“EL SUPREMO CONSUELO DE CRISTO”
(LUCAS 24:13-35)**

(Domingo 08 de abril de 2012)

(Por el pastor Emilio Bandt Favela)

(No. 453)



LA TUMBA VACÍA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

“... ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?” (Lucas 24:5)

Muchas veces nos sentimos tristes, como cuando muere un ser querido o un hermano o hermana en Cristo muy amados. Otras veces estamos angustiados por diversos problemas que vienen a nuestra vida o a nuestra familia. A veces estamos preocupados por necesidades. Otras veces tenemos temores o miedos.

Todo esto es normal, aunque seamos cristianos. La tristeza, la preocupación, el temor, son emociones muy humanas que el mismo Señor nos ha permitido experimentar en nuestro ser.

Pero nuestro Salvador siempre estará a nuestro lado. En nuestro camino a Emaús, ÉL se acercará para caminar junto a nosotros y confortarnos. ÉL nos consolará, ÉL nos ayudará siempre.

Tiene razón Pablo cuando dice: ***“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones...” (2 Corintios 1:3-4).***

Y es que en nuestro Señor hay torrentes de amor y de ternura. Siempre encontraremos en ÉL una amable sonrisa, y un amoroso pecho y unos amantes brazos listos para estrecharnos, y unas palabras alentadoras, precisamente las que necesitamos.

Nuestro pasaje presenta a unos discípulos tristes, preocupados, desalentados por la muerte de su Maestro. Pero este pasaje también nos presenta como el Señor Jesucristo les consuela.

Veamos pues, el supremo consuelo de Cristo.

1. Notemos el estado de ánimo de ellos (24:13-24).

Quizá estos dos discípulos se sentían confundidos (13-16). Iban de camino de Jerusalén a Emaús, más o menos una distancia de once kilómetros. Un estadio equivale a ciento ochenta metros. E iban comentando, hablando y aun discutiendo entre sí de aquellas cosas que hacía unas horas habían acontecido y que no lograban comprender del todo. No entendían el por qué ni el para qué de la muerte tan cruel y cruenta de su Señor. Tal vez había muchas dudas en sus corazones.

¿Se ha sentido así alguna vez? ¿Ha habido momentos en que no entiende el por qué o el para qué de las cosas que suceden?

Recuerdo la angustia de dos hermanas en Cristo, una la madre, otra la esposa de un hermano muy joven, miembro de la iglesia que yo pastoreaba; quien el viernes 30 de junio de 1995, con todo y camioneta se fue a las aguas de un canal llamado Sacramento. Iba con otro jovencito. Los vecinos arrojaron cuerdas y lograron sacar al muchachito, pero el hermano desapareció. La fuerte corriente lo arrastró mucho muy lejos del lugar de la caída. El hermano se ahogó, aunque no lo supimos sino hasta casi una semana después cuando encontraron el cuerpo. Durante los días de angustiante espera, aquellas hermanas me decían: “¿Por qué, hermano? ¿Por qué a él? Si es muy joven. Con una niñita de un año ocho meses y otra bebida en camino. ¿Por qué, hermano? ¿Por qué él? Yo solamente me esforzaba por decirles que Dios sabía porque permitía que pasaran las cosas así y que algún día lo entenderíamos bien del todo. Aunque muy dentro de mi corazón sabía que si el Señor no les consolaba, nadie más podría hacerlo.

Aquellos dos discípulos también se sentían muy tristes (17). Su tristeza era evidente. No podían ocultarla. Algunos comentan que quizá hasta lloraban mientras caminaban y hablaban.

También aquellos dos discípulos se sentían decepcionados del Señor (18-21). Ellos declaran abiertamente que esperaban una cosa y resultó otra. Ellos habían visto que Jesús era varón poderoso en palabras y obras. Estaban seguros que ÉL podría fácilmente vencer al que se pusiera enfrente. Pero resulta que no pudo con los principales sacerdotes, ni con los gobernantes, ni con los soldados y fue crucificado. Ellos esperaban que ÉL fuera el que había de redimir a Israel, pero fue muerto y ya era el tercer día de su fallecimiento.

A veces así pasa en nuestra vida. Esperamos una cosa y resulta otra totalmente diferente. Esto nos desanima y nos decepciona.

Finalmente, estos dos discípulos se resistían a creer (22-24). Se sentían tan mal que la fe había huido de sus corazones. Cuando la decepción llega, nuestro corazón se endurece y se resiste a volver a creer. Y aunque habían oído el testimonio de algunas mujeres que decían que habían visto vivo al Señor Jesucristo y habían visto a ángeles que les testificaban lo mismo, no les creyeron.

Como tampoco creyeron el testimonio de los que corrieron a ver el sepulcro y lo encontraron vacío. Pero éstos dos no habían visto al Señor vivo y no podían creer que estuviera vivo.

Así sucede con nosotros. Nos han pasado cosas tan tremendas que luego nos resistimos a creer que el Señor todavía tiene el poder para hacer maravillas, para obrar poderosísimos milagros y ejecutar grandes señales ante nuestros mismos ojos.

2. Notemos lo que el Señor hizo por ellos (24:25-32).

Los discípulos se sentían muy mal. Pero veamos lo que el Señor Jesucristo se apresura a hacer por ellos. Yo digo que se apresura porque el mismo día de la resurrección, tal vez, después de aparecer a las mujeres y a los apóstoles, sin dejar pasar más tiempo, el Señor acude a confortar a estos dos seguidores suyos.

El Señor les confortó con su Presencia. Notemos que ÉL fue el que se acercó a ellos y caminó con ellos (15).

Antes que otra cosa, el Señor nos conforta con su Presencia. ÉL siempre estará con nosotros, ÉL siempre estará a nuestro lado.

Debemos decir con el salmista: ***“Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento” (Salmo 23:4).***

Lo cierto es que el Dios Omnipotente está con nosotros. Nuestro refugio es el Dios de Jacob (Salmo 46:11).

Uno de los más grandes predicadores que yo he escuchado es el hno. Santiago Crane. Él tiene un precioso sermón titulado: “El Maestro está aquí y te llama”; tomado de aquellas palabras de Marta, la hermana de Lázaro, dirigidas a su hermana María y que están registradas en Juan 11:28. Me impresiona la fuerza con que el hno. Crane enfatiza “El maestro está aquí”. Aquellas hermanas se sentían sumamente tristes. Estaban llorando por la pérdida de su hermano Lázaro. Pero aún en medio de su gran tristeza, el Señor Jesucristo estaba ahí. El Todopoderoso estaba a su lado. Aquel ante quien todas las potencias en los cielos y en la tierra tienen que prosternarse; ante quien aún la misma muerte tuvo que subordinarse. Aquel a quien toda potestad le es dada estaba allí con ellas, junto a ellas. Así, también está con nosotros, camina junto a nosotros. ¿Puede usted sentir su Presencia a su lado?

Dice el profeta Jeremías: **“Mas Jehová está conmigo como poderoso gigante...” (Jeremías 20:11)**. Usted también debe decir: “El Maestro está aquí. El Señor está conmigo”.

El Señor también consoló a los discípulos con su Palabra (25-27). Les dijo que todo lo que había pasado ya estaba profetizado. Les explicó que era necesario que así sucediera; enseguida les dio un estudio bíblico completo, usando todos los libros de la Biblia, explayándose en detalle en el porqué de todas aquellas cosas.

El Señor también nos consuela a nosotros con las Escrituras. Nosotros tenemos un gran tesoro en la Palabra de Dios. Ellas traerán siempre luz a nuestro camino y vivificarán nuestra alma.

Bien dice el salmista: **“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino... afligido estoy en gran manera; vivifícame oh Jehová, conforme a tu Palabra” (Salmo 119:105, 107)**.

Unos de los personajes más importantes en la historia del cristianismo es Martín Lutero, el paladín de la reforma religiosa del siglo XVI. Cuando el 08 de febrero de 1546, él muere en la ciudad de Eisleben, Alemania; en su cama, tomaron la Biblia que sostenía entre sus manos y al abrirla, tenía escrito en la primera página el versículo del Salmo 119:92 **“Si tu ley no hubiese sido mi delicia, ya en mi aflicción hubiera perecido”**. Sí. El Señor nos vivifica y anima con su Palabra. Nosotros también debemos encontrar fortaleza en ella.

Pero el Señor también los consoló con señales de su resurrección (28-31). ÉL quiso quedarse con ellos, les concedió verlo partir el pan y bendecirlo; asimismo que le reconocieran al revelárseles y aún de verle desaparecer delante de sus ojos.

Estas fueron señales para demostrarles que ÉL está vivo. Que no está muerto. Que era necesario que muriera, pero no que permaneciera muerto. Que ÉL vive por los siglos de los siglos y reina por toda la eternidad.

Amados, nuestro Señor no está muerto. ÉL vive y está con nosotros y nos da su supremo consuelo. ¿Puede usted ver ahora mismo una señal de que ÉL vive? ¿Puede ver las claras muestras de que ÉL está ahora mismo a su lado? ¿Puede usted captar la Presencia del Señor y Salvador y su infinito Poder?

El Señor prometió: **“... y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20)**.

¿Puede usted experimentar todo este consuelo?

3. Notemos lo que hicieron ellos (24:32-35).

Regresaron en la misma hora a Jerusalén. Ellos se levantaron y actuaron. No permanecieron pasivos. No dijeron, por ahora ya es tarde, mañana a primera hora lo haremos. ¡No! ¡De ninguna manera! Ellos tenían un mensaje importantísimo que dar. Y se dispusieron a compartirlo aún en aquella hora de la noche.

Nosotros también tenemos un mensaje muy importante que dar, no lo pospongamos.

El gran predicador Dwight L. Moody hizo al Señor una promesa: Hablarle de Cristo cuando menos a una persona diariamente. Un día, muy cansado y sin quitarse la ropa, se recostó en su cama y se quedó profundamente dormido. Despertó cinco minutos antes de las doce de la noche y recordó que no le había hablado de Cristo a nadie ese día. Tomó su Biblia y precipitadamente salió a la calle que estaba oscura y desierta. Camino por algunas cuadras y no encontraba a nadie. Por fin divisó a un hombre que estaba parado bajo un farol. Llegó hasta él y le hizo solo una pregunta: ¿Es usted cristiano? El hombre le contesta con una andanada de insultos contra los cristianos y se aleja apresuradamente. Moody vuelve a su casa. Pero andando el tiempo, un hombre se le acerca en su iglesia y le dice: “Yo soy aquel a quien usted le preguntó si era cristiano; esa pregunta no me ha dejado en paz y por eso vine y al oírlo hablar del evangelio, hoy le digo que quiero aceptar a Cristo como mi Salvador Personal”. Dice Moody: “Si hubiera dicho ya hoy es muy tarde, mañana buscaré a alguien para hablarle de Cristo, aquel hombre no hubiera sido salvo”.

Así nosotros, no dejemos de comunicar el mensaje de buenas nuevas que el Señor nos ha dado. Si hemos sido bendecidos con su consolación, no dejemos de compartir con los que están atribulados que hay un Dios de toda consolación. Que su tristeza puede convertirse en gozo y avivamiento. El Señor puede hacer esto, porque ¡ÉL Vive! ¡Gloria a ÉL! ¡Aleluya! ¡Amén!

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela

RINCÓN PASTORAL:

“TUMBAS FAMOSAS”

Los seres humanos son muy dados a honrar a sus muertos, por esta razón existen tumbas muy famosas. Tenemos por ejemplo las pirámides de Gizeh en Egipto construidas 2,500 años a. C. donde descansan los restos momificados de los faraones de ese tiempo. El mausoleo de Halicarnaso donde están los restos del rey Mausolo muerto en el 353 a. C. de ahí se deriva la palabra mausoleo. El Taj Mahal construido en el siglo XVII en la India en honor de una reina de la dinastía Mogol. En tiempos modernos tenemos en Inglaterra la abadía de Westminster que aloja los restos de la nobleza inglesa y el Cementerio de Arlington en Washington, EUA que alberga los restos de prominentes hombres estadounidenses. Todas estas sepulturas y otras muchas, son famosas y son visitadas por mucha gente por lo que contienen. La gran diferencia entre éstas y la tumba de nuestro Señor Jesucristo es que la de nuestro Salvador está completamente vacía.

“... ha resucitado...” (Mateo 28:6)

“... ha resucitado...” (Marcos 16:6)

“... ha resucitado...” (Lucas 24:6)